

de las prohibiciones y penas en que incurren los afectados de aquella *enfermedad moral*, que caracterizó tal autor al principio de su estudio del *vicio*, al punto de vista de la filosofía del derecho y de la ética social.

Discute, por último, con gran lucidez de criterio, la razón de las penas y la equidad que debe presidir á su aplicación, y termina con el propósito y los fines fundamentales que la legislación de acuerdo con la filosofía del derecho debe perseguir en la extinción ó remedio del vicio social que contradice el primordial objeto de la sociedad civil y política.

No podemos, como decíamos, penetrar más profundamente en lo que es esencialmente técnico, sin desnaturalizar una obra de la naturaleza de la presente, sobre tan abstruso y especial estudio; pero sí diremos, repitiendo lo que hemos afirmado, que por la abundancia de ideas, su plan vasto y bien desarrollado, su adecuado estilo y su lenguaje y dicción correctos y claros, debe ser considerada la obra del Lic. Carlos Leal Isla, como una de las más honrosas manifestaciones de nuestras letras y timbre de noble orgullo para la cultura actual nuevoleonense.



CAPITULO II.

Centenario del Gran República don Benito Juárez.

Producción Lírica y Dramática.

Es tan abundante y tan variada la producción literaria en estos últimos años, y en lugares tan distantes, como son México,—en donde residen apreciables poetas y algún dramaturgo,—y esta ciudad donde se ha publicado bastante en obras didácticas, según queda apuntado en el capítulo anterior, que se vuelve difícil ordenar los materiales dispersos, y no olvidar en ese arreglo lo importante. Y no sólo en la didáctica, que también en los demás géneros literarios, en oratoria, lírica y dramática, ha sido bien abundante tal producción. Procuraremos, no obstante, ordenar tantas obras, como mejor podamos, advirtiendo que solo esbozamos un cuadro cuyo total acabamento está reservado al porvenir.

Debemos comenzar por referirnos en esta década al hecho conocido del "Centenario de Juárez," ó sea del natalicio del gran repúblico, con cuya ocasión se manifestó en los distintos géneros una producción que es como el esbozo de los más activos *productores literarios*,—si se nos es permitido llamarlos de este modo;—aunque ello no signifique que sean los únicos, ni que en otra parte, como en México, según lo hemos dicho, no hubiera otros nuevoleonenses que dieran lustro y fama por ese tiempo á nuestras *Letras*.

Como debe ser, comencemos por consignar lo que fué como el deleite de aquellas fiestas, por la oratoria del Lic. Gorostieta, siem-

pre profunda, original, filosófica y bella, digna en todo gran acontecimiento de figurar en primer término, aunque en él tomen parte, poetas como C. Junco de la Vega, M. Barrero Argüelles, Fortunato Lozano, y distinguidos huéspedes de fama nacional, como el malogrado Manuel José Othón y Juan B. Delgado.

Como en los diez años últimos, también está comprendida la mayor, si no la mejor producción del mismo Junco de la Vega, gran poeta, y la de Francisco de P. Morales, de Fortunato Lozano y Barrero Argüelles,—vecino nuevoleonés desde hace mucho tiempo,—y toda, puede decirse, la oratoria y la elegante prosa poética de Joel Rocha, con la lírica y la dramática de Guerra Castro, García Naranjo, Eusebio Cueva y Humberto Galindo. Veremos si nos es posible dar una idea de todo ello en el presente capítulo, y en los siguientes.

“No incurriré en el error,—

decía el Lic. Gorostieta en su discurso del
21 de Marzo de 1,906,—

de atribuir á Juárez, y á Juárez exclusivamente, por mucho que venere su nombre, por mucho que tribute á su memoria religioso culto, toda la gloria que irradia del ciclo histórico que vengo refiriendo. Yo sé que nunca es lícito borrar el nombre de una nación para escribir el de un hombre; sé que las grandes victorias las obtienen los pueblos, y que los pueblos realizan las grandes conquistas y fundan las grandes civilizaciones: en derredor de Juárez percibo una pléyade de pensadores y de guerreros que, como Lerdo y Ocampo, como Mata y Arriaga, como Alvarez y Comonfort y Degollado, como Zaragoza y Escobedo, Díaz y Corona, se ofrecieron en holocausto á la Patria, consagrándole, sin consideración y sin reservas, todas las energías y todos los instantes; distingo más lejos la multitud anónima de héroes, de apóstoles y de mártires que ni el solo premio de la recordación demandan á la historia; y veo, por fin, al pueblo que, dígame lo que se quiera de su ignorancia y de sus vicios atávicos, ha tomado parte importantísima, con fé ardorosa y con entusiasmo consciente, en todas las jornadas de la nacional epopeya.

No es pues, un discurso, sino una biografía; pero qué abundancia, y no de hechos inconducentes, sino conmovedores y edificantes, que dicen al pensamiento todo aquello que realiza, en un solo rasgo personal, la historia entera de un pueblo. Tal hace, cuando reproduce en las campañas de Ayutla, de la Reforma y la Intervención,

todo el progreso y toda la prosperidad de México, y da la clave para explicar la historia de la patria.

Era la ocasión—dice—de cortar de raíz la gangrena que por medio siglo había retenido la natural evolución del país, castigando severamente á los que, ofuscados por el fanatismo religioso y político, ó cediendo á las exigencias de sus pasiones malsanas, ensangrentaran sin piedad el territorio de México, llegando hasta la traición para conseguir sus intentos. El país todo clamó justicia, y Juárez á quien imponía esta nueva misión su propio triunfo, hubo de levantarse á la altura de esa misión aceptando sereno, sin vacilaciones, sin enternecimientos propios del que tiene en sus manos el porvenir de un pueblo, la responsabilidad terrible de hacer fecunda, en el concepto social, la victoria de las armas.

Y mejor que todos, justifica de este modo el triunfo y sus consecuencias en estos términos.

México tenía leyes para juzgar á los aventureros y los traidores, tenía Tribunales que aplicaran esas leyes, y tenía fuerza moral y material para ejecutar las faltas que dictaren sus Tribunales; y el Gobierno entregó los culpados á los jueces, procuró la mayor amplitud en los juicios y ejecutó con entereza las sentencias; ofreciendo á las miradas del mundo y de la historia, después del grandioso espectáculo de la lucha encarnizada y sangrienta, en nombre del derecho, el pavoroso espectáculo de la justicia nacional cumplida,

Ninguno, como él, entre nuestros oradores, ha dibujado el cuadro de nuestros trastornos dependientes de las preocupaciones de la vida colonial, cuando dice:

Falseadas las aspiraciones que tomaron cuerpo y vida en el inolvidable hito de Dolores, por el plan de Iguala y los tratados de Córdoba, el país entró en la existencia autonómica, conducido por una oligarquía compuesta de elementos disímolos, contrarios todos al desarrollo de la nueva entidad independiente. Las clases preponderantes en el antiguo régimen, la nobleza, el clero, el ejército, los ricos y los burócratas, unificadas en su odio al pueblo, encarnación para ellos de la demagogía y el desorden, no podían concertarse respecto de la fórmula que habría de permitirles el reparto de los gajes, de las prebendas, y aun de los simples oropeles de la gobernación suprema,

Y acentúa más y más el carácter sociológico-político de la nación, hasta que deja así completo el cuadro, y queda explicado el origen y la fuente de las asonadas y motines, en esta forma:

Mil encontradas ambiciones entraban sordamente en lucha, dirigiéndose una al logro de sus intentos, y colaborando todas á las desdichas de la pa-

tria común. El primer ensayo correspondía lógicamente á la fuerza; en efecto, los legionarios del Ejército Trigarante alzaron sobre el pavés á don Agustín de Iturbide, creando de un solo golpe una dinastía y un imperio. De ese primer atentado arranca la serie de catástrofes, cuya narración constituye la historia del país durante sus primeros treinta años de vida independiente; pues el fácil triunfo de la soldadesca mostró ancha ruta á la conjuración latente, y en lo sucesivo, año tras año, ambiciones impacientes, el fanatismo, la sed de dominación ó de pillaje, se hicieron manifiestos por un pronunciamiento. La Nación, empujada por la fatalidad, recorrió por 30 años la vía dolorosa, dejando tras sí mares de sangre, desiertos producidos por el incendio, pueblos asolados por el vandalismo; y sobre el amontonamiento de ruinas humeantes y sangrientos despojos, todas las virtudes cívicas de sus hijos arrancadas una á una por el dolor llegado al paroxismo, engendrador de una desesperación sin remedio.

Y tras de pintar el cuadro de la desolación más profunda, de las pasiones más desenfadadas, y de la ignorancia más completa, muestra y presenta la funesta época, y al más repugnante de los legionarios, al dictador Santa Anna, que se arrogó el derecho de constituir á su antojo el país:

Y audaz y sin freno,—continúa—apoyándose en el mayor y más vistoso ejército que hubiera alimentado México, y con el producto de los girones de tierra patria vendidos al extranjero, la tiranía se desbordó como torrente, haciendo estremecer con sus iniquidades; hasta que el exceso mismo de la opresión provocó la tempestad de venganza de los oprimidos.....

He aquí cómo, hecha la historia filosófica de México, deja explicado el movimiento salvador de Ayulita, y con él la Constitución y la Reforma. Y sobre todo ese gran período de verdadera regeneración mexicana, sobre la cumbre del triunfo del extranjero humillado, al gran salvador de la patria, al indio de Guelatao, que pinta en sus más salientes rasgos de este modo:

Pocos hombres han venido á la vida, como don Benito Juárez, en época no propicia y con elementos menos aptos para señalar con marca imborrable la huella de su paso. Hijo humilde de la desventurada raza indígena, y nacido en insignificante villorrio, perdido entre ágras serranías, le estaba clarísimamente indicado el camino de la labor aniquilante, agobiadora, é infecunda, de la aspiración siempre imposible, del ideal informe, perennemente perdido entre tinieblas..... Su naturaleza extraordinaria; su instinto delicado de hombre superior, la conciencia, acaso, de su futuro glorioso destino, le hicieron rebelarse contra la condición misérrima del medio y del momento; y poniéndose audazmente en

marcha, se lanzó al porvenir en busca de una esfera en que su espíritu, desmenuándose libre, pudiese llenar el espacio con sus destellos flamígeros y revelar en actos portentosos de ardimiento patriótico y de humanitarismo esquisito, la indomable energía y la radiosa clarividencia de su temperamento de genio.

Aun es más insinuante y sugestivo al pasar del esbozo de la *epopeya* del gran repúblico á las etapas histórico-biográficas del personaje, y que no insertamos íntegras por no extender los límites de nuestro bosquejo. No obstante, como este discurso es lo mejor que nos ofrece el género que los retóricos llaman *demonstrativo*, y como es en su forma, gallardo y elegante, como en su fondo filosófico y profundo, citemos estos bellos trozos:

El paria de Guelatao se manifestó prócer en Oaxaca; el menestral ignorante y rudo se trasformó en profesor sabio, en mandatario enérgico, en magistrado probo é indoblegablemente justiciero, fundando á impulso de su voluntad de hierro el cimiento incommovible de su futura grandeza; su genial bondad, su altruismo y la indiscutible superioridad de su talento, le conquistaron pronto el amor y la admiración de sus coterráneos; pero, á la vez, su independencia de criterio y la inflexible rectitud de su carácter le señalaron á la ira y al rencor de los tiranos; y la vejación inmerecida, la presión injusta, el ostracismo arbitrario, le confirieron la angusta investidura de los redentores de la humanidad, la de la persecución y la del martirio. La demente Dictadura de aquel tiempo marcó irrevocablemente su ruta futura al indio de Guelatao, predestinándole para llegar, tras calvario dolorosísimo, al favor de la Libertad, á la embriaguez indescriptible del triunfo supremo; triunfo de su fé, triunfo de sus ideales, y espléndido triunfo de la turba de desheredados que agrupada en su derredor, se proclamaba pueblo.

Justificadas, créemos, por la excelencia del discurso, en consonancia con la excelencia del objeto, las citas que hemos hecho de esta pieza oratoria, recordemos que con ocasión de esa fiesta cívica, ó patriótico-literaria, el autor de "El Himno de los Bosques" y el de "El Poema de los Arboles," huéspedes regiomontanos—y este último vecino nuestro después,—cantaron á Juárez y á la Patria en su lírica bien conocida, de fama justamente nacional; y escribieron biografías del grande hombre, el entonces Gobernador del Estado, Gral. Bernardo Reyes, Fortunato Lozano y otros, y se formó un opúsculo con poesías y discursos, himnos y sonetos, de que solo tomaremos algunos trozos ó estrofas de nuestros conspicuos autores. Así, en unos ale-

jandrinos rotundos y armoniosos, como suyos, Junco de la Vega decía:

Para cantar al héroe de legendaria pompa,
No lúgubres acentos, sino la voz que rompa
Los aires en un himno de estrépito marcial.
Para abarcar el radio de su grandeza angusta
Las formidables alas del Aguila robusta,
Que hiende los espacios en vuelo colosal.

Y en seguida, tras de trazar con ígneos rasgos, llenos de robustez y de esplendor la épica lucha de Juárez por la Constitución y la Reforma, primero, y de la Intervención después, en siete magistrales estrofas, enuncia el triunfo en ésta, que debemos insertar:

No desmayó en la brega: su espíritu alto y noble
Se irguió como en la cima de la montaña el roble,
Batido inútilmente por recia tempestad.
La obra consumada por su virtud austera,
Para su pueblo heroico, para su patria entera
Se llama *Democracia*, se llama *Libertad*.

Cierra luego la donosa composición con esta estrofa, de él digna y del asunto que canta:

No el túmulo imponente, sino el marcial trofeo;
No la enlutada gasa, sino el joyante arreo;
No á la sordina el toque del bélico clarín;
No á la mitad del asta la tricolor bandera,
Sino tendida al viento, con su Aguila altanera,
Como dosel glorioso del muerto paladín.

Manuel Barrero, en himno novedoso, en que imita sin copiar, y en que su clara y viva imaginación usa figuras arrogantes, patéticas y con dición tan novedosa como atrevida, se manifiesta á la manera que se había manifestado en su volumen de versos, los "Sonetos" que dió á la estampa en ese tiempo, y en centenares de odas y canciones, que abonan la fecundidad y el estro del poeta matamorensé. No hablaremos de él especialmente, ya que su vecindad, tan solo, nos pertenece, y que ha sido temporal, como ave de paso. Mas, de esta fiesta

nos corresponde decir algo del fecundo autor, con el himno ya enunciado, en el cual se expresa de este modo:

Es el nombre de Juárez, sagrado,
De la patria el emblema grandioso;
Y es el verbo del Indio glorioso
La expresión de la Santa Igualdad,
Juntos, hoy, Mexicanos, juremos;
Hoy que el pueblo recuerda su historia,
Conservar su sagrada memoria
De la Patria en la libre heredad.

Aun son más cantables los versos de las otras estrofas, que son como sigue:

Al esfuerzo de Juárez, la Patria
Vió su Código augusto triunfante.
La Reforma, radiosa, imperante;
Y á sus pies la invasión imperial.
Quien tal supo legar á su pueblo
Ante el mundo espectante admirado,
En la historia quedó consagrado,
Para ser como Dios, Inmortal.
¡Gloria! gloria! al patricio sin mancha,
Que nos dió del progreso la norma.
¡Gloria! gloria! á la augusta Reforma,
Y al que fué su esforzado creador!
Mexicanos, al grande invoquemos,
Y ante el ara sagrada digamos:
¡Juárez! Juárez! tus hijos te amamos,
Porque Patria nos diste y honor!

Debemos suprimir el análisis de discursos y Sonetos, alocuciones y biografías, que forman voluminoso folleto; solo diremos de dos de estos escritos: el del Gral. Reyes, entonces Gobernador, y el del Profesor Fortunato Lozano, de cuyas composiciones poéticas y tendremos ocasión de hablar en las *producciones* de la generación contemporánea. "La biografía" del primero de los autores mencionados, contiene algunos puntos originales, de que podrán los lectores formar idea con los trozos que citamos,—cualquiera que sea el juicio que se tenga

acerca de la singularidad de un lenguaje que ya conocemos, y que en razón de su destino á la niñez, aquí varía un tanto.

Dice, pues, el General literato en su "Biografía de Juárez" que dedicó á la niñez de las escuelas:

Niños: Queda colocado en el lugar preferente de nuestro Establecimiento, el retrato del benemérito Presidente de la República, Benito Juárez. Ya sabéis, cómo él, siendo un niño desvalido, y de una raza oprimida por los dominadores del país, se elevó por su voluntad y por su esfuerzo, á los puestos más altos de nuestro Gobierno, donde estuvo en aptitud de prestar á la Patria los más esclarecidos servicios, á los cuales se debe que gocemos de las Instituciones libres que nos rigen, y de nuestra independencia. El niño Benito Juárez nació el 21 de Marzo de 1806, en el pueblo de Guelatao, que se halla á inmediaciones de la ciudad de Oaxaca, capital del Estado de ese nombre. Nació, pues, bajo la férula del virreinato español, cuando entre los hombres más eminentes de ese virreinato empezó á germinar la idea de independernos del gobierno ibérico. Cuando nuestro padre Hidalgo lanzó en el pueblo de Dolores el grito glorioso que fué el verbo de la independencia anhelo del pueblo mexicano, el niño Benito Juárez tenía cuatro años de edad.

Este es, indudablemente el lenguaje que más se parece al que emplearía un Profesor avezado, pero que contiene, como debe suponerse frases y palabras, expresiones é imágenes que no sean, tal vez, muy adecuadas. Mas lo cierto es que resume bien los dos períodos importantísimos en la vida del Benemérito, la Reforma y la Intervención de los cuales resúmenes insertaremos los trozos conducentes que siguen:

Llega el año de 57,—

dice respecto del primero de estos períodos,—

en que se proclama nuestra Constitución; y como para hacerla cumplir el Presidente Comonfort vacilara ante tan grande empresa, hasta desconocer al fin esa Constitución, uniéndose al efecto, con corifeos del partido del retroceso, Juárez surgió, encarándose valiente, contra todas las preocupaciones del pasado, dispuesto á sacrificarse por las liberales instituciones, y empuñando conforme á la ley las riendas del Gobierno de la República, dado que era el Vice-Presidente de la misma, entró en lucha sangrienta para defender aquellas instituciones, apenas proclamadas y luego desconocidas. Y la guerra civil se encendió en el país, y estando á punto de ser asesinado á su paso por Guadalajara, el incommovible Juárez no pestañea ante el peligro de la muerte y de otros

que después corriera; y sigue con rectitud la línea de conducta que se había propuesto; y por mar se dirigió á Veracruz, y en 1859 expidió las Leyes de Reforma, que hieren de muerte los intereses del Clero y del Ejército antiguo, que pretendían preeminencias sobre los demás mexicanos; y tras de muchas vicisitudes, triunfa la causa de la libertad y del progreso 1860; y entonces el luchador victorioso, el Presidente Juárez establece en la capital de la República el gobierno nacional.

Como se ve, aparte de alguna *inversión*,—tan propia del estilo del General literato,—y de fuertes y vivas imágenes, más propias de otro género de obras, el resumen está bien hecho, de la misma manera que el de el triunfo de Juárez contra la Intervención, que insertamos en seguida:

Y Juárez entonces—

á la retirada del ejército francés y Legión extranjera,—

servido de sus Tenientes, se presenta de modo formidable en el campo de la lucha, que se equiparaba por lo que hace á los elementos beligerantes, y avanza al interior de la República; y Porfirio triunfa en Oriente, en Miahuatlán y la Carbonera, y da el brillante asalto de Puebla, la fecha del 2 de Abril de 1867; y Corona obtiene victorias en Sonora y Sinaloa; y se adelanta á Jalisco, y se ensalteen sus triunfos de la Coronilla Colima y Zamora; y se une Régules en tanto que Escobedo venecía en Santa Gertrudis y en San Jacinto, llegando hasta Zacatecas y San Luis, y como el oleaje de una inundación, avanzan por todas partes las tropas republicanas contra los imperialistas, que se concentran en Querétaro y en México; y Régules, Corona y Escobedo caían con sus fuerzas sobre Querétaro, donde estaba el llamado Emperador, tomando el supremo mando el último de los Generales citados; y Porfirio Díaz sitia á México, y queda en poder de nuestras tropas la citada plaza de Querétaro el 15 de Mayo de 1867, y es allí hecho prisionero Maximiliano con sus principales Generales Miramón y Mejía; y se pretende entonces influir en el ánimo de Juárez, en favor del príncipe Maximiliano por las Potencias extranjeras valiéndose del conducto del Gobierno de los Estados Unidos; y él imperturbable no cede á las influencias extrañas, porque era necesario al bien de la República que se cumpliera con Ley, inflexible hace que la Ley se cumpla, aún á riesgo de alejarse la corriente de simpatías de la hermana República del Norte; y Maximiliano es fusilado el 19 de Junio siguiente, con Miramón y Mejía, sirviendo así, de escarmiento para que no más monarcas extranjeros atenten contra nuestra libertad ó independencia.

Lo repetimos: aparte de frases ó expresiones que corresponden á obras de otro género, y con otro destino, lo demás,—aunque un poco violento, tal vez, y el enlace de los miembros de la cláusula algo prolongada,—es propio y adecuado al objeto.

Sobre esta Biografía, y en el mismo folleto, hace el Profesor Lozano altas apreciaciones en un buen escrito, que insertamos para completar la idea que de las espléndidas fiestas acordadas para honrar la memoria del gran ciudadano, tuvieron lugar en Monterrey con ocasión del primer Centenario de su Natalicio. Dice así Lozano en el trozo de la poética prosa á que nos referimos:

Nació como las águilas en un lugar solitario, allá sobre la tortuosa crestería de las montañas de Ixtlán. Las privaciones de su vida le enseñaron á comprender los hondos sentimientos en que se debaten desesperadamente los desheredados de la fortuna; los rigores de los trabajos campestres templaron su espíritu, lo hicieron fuerte para soportar con altiva arrogancia los rudos sacudimientos del destino; la contemplación de la Naturaleza que ofrece sus encantos á todas las miradas le llevó á ser hermano de la democracia y á ver con odio profundo las insensatas distinciones de los hombres; y los ardores de su sol tropical, de un sol todo vigor y todo fuego, encendieron en su alma la vivificadora hoguera del amor que le infundió aliento, que le llenó de viril entereza para acometer empresas inauditas, ennoblecedoras y justas.

Fué un predestinado luchador. Apareció á la vida en los mismos instantes en que experimentaba la patria los vagos sacudimientos precursores de su no lejana aparición entre las naciones libres, y niño aún debió estremecerse de emoción al oír desde el apartado rincón de su cabaña, el eco atronador de los combates que anunciaba el paso triunfal de los revolucionarios de...1810, á cuya cabeza iba un venerable anciano, predicando, como otro Cristo, la hermosa nueva de la redención nacional.

Y ese movimiento glorioso, cuyo feliz éxito fué logrado á costa de tanta sangre, vino á encender más vivamente en el espíritu de Juárez, el sacrosanto amor á la patria.

Por eso, cuando quebrantada ya la influencia del trono español la vió caer en brazos de las ambiciones políticas, juró salvarla aún á trueque de los mayores sacrificios.

“Y pues tengo energía de cuerpo y energía de alma; siento—pensó—correr por mis venas, como savia joven, la sangre de mis antepasados, que me repite á cada instante la voz de ¡redención!, emprenderé tremenda y firme lucha contra los enemigos del adelanto, hasta dejar limpia de obstáculos la senda del progreso.”

Así dijo, y se lanzó lleno de fé al campo de las revueltas intestinas y puso á prueba aquel su carácter de acero y aquella su altivez estoica que tantas veces le dió serenidad y rectitud en los amargos trances de su tormentosa carrera política.

Y en medio de aquel caos en que tremendas pasiones se hacían encarnizada lucha, en medio de aquel cataclismo en que movidos por bastardos propósitos aparecía mancomunado el elemento vil y corrompido del ejército con el clero, rencoroso y falaz, cuando la ambición y la discordia, en maridaje horrible sembraban por doquiera el espanto y la muerte, se destacó en toda su magnificencia la figura del gran patricio, se alzó, armado de toda su entereza, el sublime vengador de la patria, para romper aquel denso velo de tinieblas, para arrojar torrentes de luz sobre el fondo entenebrecido de las conciencias, para destruir, para edificar, para resolver en hermoso concierto aquellos elementos encontrados y heterogéneos que se resolvían furiosamente impedidos por el recio vendaval de las pasiones políticas.

Pero la facción liberticida no pudo resignarse á la derrota.

Y después que hubo recurrido á todos los medios, ensayado todos los recursos, apeló al mayor de los crímenes: entregó á la patria como vil mercadería á la ambición de un monarca extranjero.

Juárez tuvo entonces que redoblar sus esfuerzos, y al tomar cuerpo aquella horrenda traición que trajo á México á un infortunado príncipe, encarnó el espíritu nacional y se mantuvo firme, austero, llevando consigo siempre el arca de las leyes, hasta que á su poder quedó abatida la exótica opresión y depositadas aquellas santas leyes en el altar sagrado de la patria.

Hoy, de aquella personalidad augusta, de aquel organismo vigoroso, de aquella alma entregada por entero al bienestar nacional, no queda más que el recuerdo.

Pero la Patria, que siempre ha glorificado ese recuerdo, consagra hoy al que hace cien años apareció como las águilas allá en las cumbres de las montañas de Ixtlán, una apoteosis, sí, una apoteosis que es, la manifestación más espléndida con que la gratitud de un pueblo puede celebrar la entrada de una alma grande á los sagrados dominios de la inmortalidad.

Ya se verá que su verso corresponde á esta prosa levantada y al corte gallardo de estas expresiones; y así debíamos terminar con ellas el capítulo consagrado á enunciar lo que ofreció de más notable en nuestras letras la celebración del Centenario á que nos venimos refiriendo. Pero así como del anterior consagrado á Colón apuntamos breves líneas del discurso con que interviniéramos en él, de la misma manera apuntaremos en el presente las principales estrofas de una oda

nuestra consagrada al gran repúblico y que fuè reproducida en periódicos de la Capital, y en un folleto, con las composiciones á que hemos aludido. Sin más razón que la importancia del suceso, y á título de historia más que como ostentación de méritos, que estamos lejos de atribuir á lo que tal vez carece de él en lo absoluto, nos permitimos insertar las siguientes *Sextas liras*, tomadas de las que forman, como estrofas, la mencionada composición á Juárez; las cuales son de este modo:

La angusta clara frente,
Del polvo de la tumba yergue altiva,
Y has que se encienda mi palabra ardiente
Del amor á la patria en llama viva;
Y que en mi lira vibre
El acento en tu honor de un pueblo libre!

De la escarpada sierra
En alto risco se mecíó tu cuna;
Donde huracán y nube en cruda guerra,
A imagen de tu vida y tu fortuna,
Te dieron clara norma
De tu lucha tenaz por la Reforma.
Sin duda allá en tu mente,
Cuando habitabas la montaña enhiesta,
De tus grandes ideas la simiente
Crecía como el cedro en la alta cresta,
Y elevabas al cielo
La noble aspiración del patrio suelo!

En vuelo poderoso,
Como el águila baja de la altura,
Bajaste, y en la entraña del coloso
Tu garra liberal hundiste dura,
Trazando en tu camino
De la patria el espléndido destino!

La voz de Ayutla llama,
[El verbo de los libres encarnado],
De tus pasos la huella
Con regueros de luz la patria sella.
Comienza aquel camino

De un Gólgota, sangriento, cruel, amargo;
Al paso de los libres el destino
Punzante espina siembra en viaje largo.....
Pero tú.....tú, inflexible,
Guardas la fé en el triunfo, incommovible!
Prodigas tu persona
Y ofreces por la ley la clara vida:
Queda postrada ante tus pies Belona,
Humillando el traidor su arma homicida...
Y en tanto, allá en la altura,
La libertad sonrió con tu bravura!

Termina la oda con estas estrofas:

En la choza naciste,
Y hollaste los palacios con tu planta:
El triunfo, tras reveses, obtuviste,
Con estoicismo heroico que levanta:
Dos veces en tu gloria,
De frente viste el sol de la victoria!
.....Y en vano que el vencido,
Como celoso de tu gloria clara,
Pretendiera tu nombre bendecido,
Manchar con el baldón, que les manchara:
Que esa gloria, imponente,
Brillará con su luz resplandeciente!.....
Arrojando el agravio
De propia mente, como densa sombra,
Volviendo luminoso al mismo labio
Que insolente y sacrilego te sombra,
Exalta más tu vida
La traidora facción liberticida!.....
Coloso de la idea
De libertad, y apóstol, y vidente,
Que el evangelio de los libres crea,
Y es ensalzado por la libre gente:
El pueblo mexicano
Te tributa su culto soberano!

Quédanos, pues, amplio campo para la lírica y dramática contemporánea, y de que no hemos hecho sino enunciar nombres, sin